

Andrés no entiende por qué el viejo de la farmacia se asustó tanto al verlo. Él había entrado un rato antes al local, sacó número y se quedó esperando. Cuando el viejo cantó su turno se acercó al mostrador y le entregó el papelito.

—Un frasco de Hepatalgina.

El farmacéutico se lo quedó mirando, como si tratara de recordar de dónde lo conocía. Se debe haber dado cuenta enseguida, porque abrió bien grandes sus ojos de laucha y empezó a tartamudear.

—Sí, sí, ya mismo —dijo, y salió para la trastienda.

En otros tiempos Andrés iba a esa misma farmacia con Juancito, el aprendiz de la zapatería, y conseguían cualquier cosa que quisieran: Artane, Rohypnol, jarabe Romilar...

“¿Alguna otra cosita, muchachos?”

El viejo Santarelli era un tipo macanudo, hacía chistes y jamás les pedía receta ni nada. Los despachaba aparte, en un rincón del mostrador;

metía todo rapidito en una bolsa y les cobraba al menos tres veces el precio de lista. A ellos no les importaba, porque en ese tiempo guita nunca les faltaba.

—No hay drama, Santa te ama —decía el viejo, muy sonriente.

Ese era su eslogan. Lo repetía a cada rato, y hasta lo tenía fileteado en un cartel al lado del diploma.

Ahora vuelve de la trastienda con una cajita gris en la mano.

—Cuarenta gotas en un vaso de agua —dice mientras prepara el envoltorio. Se lo ve intranquilo, tratando de recobrar su compostura profesional, aunque las manos le tiemblan cuando trata de pegar la cinta scotch.

Andrés paga y sale. Desde la vereda echa un último vistazo al interior del local y sorprende al farmacéutico mirándolo todavía. Delante suyo hay una clienta que está meta hablarle pero él recién ahora, al bajar la vista, parece advertir su presencia.

\* \* \*

A Andrés siempre le dijeron que parecía un oso. Así lo llamaban en su casa y en el barrio. En la

escuela era siempre el más alto y robusto de sus compañeros. Dos veces repitió cuarto grado, y en la foto de quinto se puede ver que ya era una cabeza más alto que el maestro.

A los catorce entró a trabajar en la carnicería de su hermano Pascual, donde era capaz de cargarse una media res en cada hombro sin ningún problema; pero, al mismo tiempo, cualquiera podía engañarlo o tomarlo para la chacota. Por eso cuando más tarde terminó preso por robo a mano armada e intento de homicidio, nadie en el barrio lo podía creer.

—¿Ese infeliz?

Muchos conocidos de siempre ahora se cruzan de vereda al verlo, o si lo saludan lo hacen muy a la pasada, sin el menor rastro de ironía. Andrés no cree haber cambiado demasiado en estos dos años, pero al parecer el resto de la gente no piensa así, y los mismos que antes lo veían como a un gordo salame ahora descubren en su rostro y en sus gestos los típicos rasgos de un bruto peligroso.

\* \* \*

Al volver de la gayola Andrés se encontró con que no tenía más trabajo: la carnicería de su hermano Pascual se había fundido. Pascual se puso a dar

cheques sin fondo y le embargaron hasta el gancho de colgar los chorizos.

El dueño del local le está haciendo juicio por falta de pago, pero hasta que llegue la orden de desalojo (pueden pasar todavía otro par de meses) Pascual se las rebusca vendiendo cosas de almacén: azúcar, harina, yerba...

Al nuevo negocio lo montó con unos mostradores y una heladera que consiguió prestados. Trabajan él y una de las hermanas, Lidia, que es un año mayor que Andrés. Lidia se pasa el día leyendo best sellers, y si un cliente aparece en medio de un pasaje interesante lo recibe con cara de pocos amigos:

—¿Qué quiere?

Igual no entra casi nadie. En la misma cuadra hay dos supermercados con precios mucho más bajos, y además todo el mundo sabe que Pascual hace trampas con la balanza y se equivoca en las cuentas.

—Cuarenta gotas en un vaso de agua —repite Andrés, cuando llega a lo de su hermano y le entrega el paquete. Pero Pascual ya sabe, porque vive tomando remedios: para el asma, para el páncreas, para la alergia. A veces amanece todo brotado, o con la cara hinchada como un monstruo, y tiene que ir urgente a lo de Ángela, la enfermera del barrio Seis Manzanas, a aplicarse una inyección de

corticoides. Aunque el defecto más notorio que Pascual trae a cuentas es la joroba: no demasiado grande, pero imposible de disimular.

Sí, el pobre Pascual nació fallado, por eso el padre lo abandonó al nacer. Varios años después la madre volvió a casarse y tuvo siete hijos más. Pascual es mucho mayor que sus medio-hermanos, y con el padrastro siempre se llevó a las trompadas.

Un mes antes de que el Oso volviera de la cárcel, Pascual y el viejo discutieron porque Pascual insistía en fumar durante el almuerzo.

—En esta casa mando yo —dijo el viejo, y Pascual se fue dando un portazo.

Pero a los tres días ya estaba de vuelta.

—¡Ja! —decía el padrastro—. Volviste con el burro cansado. El que se va sin que lo echen...

\* \* \*

El Oso llegó hace ya dos semanas a Bariloche. Muchas cosas pasaron mientras él no estuvo: Pascual perdió la carnicería, el padre se jubiló (ahora se pasa el día entero en la casa, tiranizando a la familia), los hermanos crecieron y el perro Trabuco fue atropellado por un camión y reemplazado por otro. Al nuevo perro también le pusieron Trabuco, aunque no se parece en nada al anterior.

Tantos cambios juntos lo abrumaron al principio, pero terminó por acostumbrarse, y poco después lo nuevo y lo viejo llegaron a ser la misma cosa. Pero lo que más lo golpeó fue la transformación producida en Roberto, su hermano favorito.

Aunque tres años menor que él, Roberto había sido siempre su héroe: astuto, jodón, guapo para las trompadas y un tigre con las mujeres. Fue él el que lo llevó a debutar con Sonia la *Sin Dientes*, una de sus tantas amigas, la tarde en que el marido de Sonia estaba en una reunión del sindicato (era chofer de la municipalidad).

Pero ahora Roberto se había vuelto evangélico y se pasaba el día leyendo la Biblia y dando sermones.

—Satán es el que nos hace pecar, eso está bien claro. Vos, por ejemplo: ¿por qué fuiste capaz de cosas tan terribles? No sos malo, pero un demonio se apoderó de tu espíritu. Ahora has vuelto a ser como antes, pero cuidado: cuando un espíritu impuro sale de un hombre, vaga por el desierto buscando descanso, y al no encontrarlo por ninguna parte piensa: volveré a la casa de donde salí. Y si al regresar encuentra la casa limpia y barrida, va y llama a siete demonios peores que él, y todos se meten a vivir en el hombre, que queda peor que al principio.

Cada palabra de Roberto parecía sacada del Antiguo o del Nuevo Testamento, cuando no de la boca del hermano Salvador Thompson, pastor del templo *Aleluya Now*.

Fatiga, otro de sus hermanos, tiene guardado en una caja de zapatos un recorte viejo de *El Cordillerano*. Andrés nunca lo había visto. “Jóvenes delincuentes atrapados tras triple robo”, dice el titular. Un poco más abajo, Fatiga había subrayado con birrome: “Andrés Wladimir Quirós, alias El Oso, atrapado junto al presunto instigador de los ilícitos, cuya identidad se mantiene en reserva por tratarse de un menor”.

No solo eso. Por tener dieciséis años Juancito quedó libre a la semana y en cambio Andrés (que recién había cumplido los dieciocho) se tragó veintidós meses adentro. La primera vez que se lo explicaron no lo podía entender, pero después sí lo entendió: tuvo tiempo de sobra para pensar en eso y en mil cosas más.

El recorte es de hace dos años. ¿Habrá cumplido los dieciocho ya Juancito? Depende de la fecha del cumpleaños. Andrés no la sabe.

—Si querés quedatelo —le dice Fatiga.

Andrés pliega en varias partes la hoja y se la guarda en el bolsillo trasero del pantalón.

\* \* \*

Otra cosa novedosa es la cantidad de patotas que andan dando vueltas por el barrio. Siempre las hubo, pero ahora se organizaron a imitación de las pandillas de las películas norteamericanas. Cada una tiene su nombre y usan gestos y palabras propias. La de su barrio se hace llamar Los Tigres, y pintan con aerosol el nombre de la banda en cuanta pared encuentran.

Camino del negocio de Pascual, Fatiga le señala a Andrés un grupo de vagos que toman vino en una esquina.

—Esos son de Los Tigres.

—¿Qué hacen?

—Están ahí. Joden a los que pasan, afanan algo. Si tocás a uno los demás saltan. Hay que tener cuidado.

El Oso los mira otra vez; no parecen gran cosa.

\* \* \*

Por la noche Andrés y Fatiga bajan al centro a dar una vuelta. Es viernes y en la calle hay bastante movimiento. Las discotecas para turistas y conchetos siguen todas iguales (Grisú, By Pass, Cerebro), pero los boliches a los que Andrés solía ir ya no existen o cambiaron de nombre; hasta la bailanta que funcionaba en el cine viejo desapa-



reció. El Oso se pone nostálgico, aunque igual no tiene plata para entrar a ningún lado.

Los hermanos se sientan frente a la Galería del Sol, en el borde de un cantero, a ver la gente pasar. Un grupo de chicas y chicos (menos de 18, piensa Andrés) van y vienen por la vereda, se ríen, gritan. Por la manera de hablar y por la pilcha se nota que son todos del centro, o de uno de esos barrios pitucos que bordean el lago. Fatiga dice que sería bueno manguearles unos cigarrillos, y Andrés está de acuerdo, pero ninguno de los dos quiere ir a pedirlos.

—Andá vó, forro.

—Qué, si vó dijiste...

Al fin se acercan a una chica que está de espaldas a ellos, con una caja de Marlboro en la mano. Fatiga le toca apenas el hombro y ella se da vuelta con naturalidad, creyendo que la llama alguien de su grupo; pero cuando ve que se trata de un negrito de El Alto da un paso atrás.

—¿Me podés convidar un cigarrillo?

Ella los examina. No están sucios ni zaparrastrosos, pero nunca se sabe con estos.

—¿Eh? —insiste Fatiga.

La chica saca un cigarrillo del atado y se lo ofrece con la punta de los dedos.

—¿Y otro pa mi amigo?

El Oso siempre envidió el caradurismo de su hermano; tan intimidado como la piba, extiende una de sus zarpas y toma el cigarrillo de la caja. Ella mira con alarma sus dedos, gruesos como salamines y repletos de burdos tatuajes carcelarios. Por un segundo sus miradas se cruzan. La piba tiene los ojos de un color entre marrón y verde, y una remera amarilla muy corta que le deja al aire el ombligo. A Andrés le dan ganas de acariciarle la cabeza como a un perrito, decirle: “No te asustés, bebé, acá estoy yo, yo te voy a cuidar...”.

—Gracias —dice Fatiga.

La chica asiente con una mueca y se da vuelta hacia sus amigos, que siguieron mudos la escena y ahora la rodean y la tocan, como para cerciorarse de que se encuentra entera.

Mientras fuman, otra vez instalados en el cantero, Andrés y su hermano coinciden en que la petisa de remera amarilla es la más linda del grupo. Un rato después ella y sus amigos se van todos para el lado de By Pass. Antes de doblar la esquina, ya a salvo, la chica les dirige una última mirada.

No alcanzan a terminar los cigarrillos cuando dos canas los encaran y les piden documentos. Fatiga se pone a tartamudear y tarda en encontrar el DNI: estaba en un bolsillo donde ya se

había fijado. El Oso, en cambio, les entrega su cédula y espera mirando para otro lado, sin dejar de pitar. Los milicos anotan sus datos en un papel y les devuelven los documentos con una mirada dura, como diciendo: “Cuidado, los estamos vigilando”.

Ese es el problema de bajar al centro: siempre aparece la yuta a romper las pelotas. Otro drama es subirse a pie las veinte cuadras hasta el barrio, porque guita para el bondi nunca tienen.

\* \* \*

Pascual les habilitó un peso y Andrés y Fatiga se fueron a jugar un partido de pool a *Cucumelo*, un boliche de ahí del barrio. Alcanzaba para una ficha nomás, y cuando se les terminó se quedaron a un costado viendo cómo jugaban los demás. Ganó Fatiga, porque Andrés metió sin querer la bola negra antes de tiempo.

Más tarde aparecen por el pool el Negro Peña, Sopapa Velázquez (siempre de chaleco), el hermano más chico de Velázquez y un flaquito al que le dicen Tasmania.

Al Velázquez chico Andrés lo recordaba como a un pibito más del barrio, de guardapolvo blanco y los dientes salidos como un conejo: ahora creció

un par de centímetros y lleva un bulto sospechoso en la cintura.

Todos le dan la mano a Andrés y a Fatiga. Peña les ofrece cigarrillos.

—Con vos no es la cosa —le dice Peña—, pero el Zapatero (así lo llamaban a Juancito), más vale que no se aparezca por acá.

Fatiga parece inquieto. No le gusta nada estar cerca de Peña y sus amigos. Andrés, en cambio, le presta más atención a las nalgas de una mina, que en la mesa de al lado se estira para efectuar un tiro difícil.

—¿Ustedes son de Los Tigres, che? —pregunta el Oso.

Fatiga parece atragantarse con el humo y observa de reojo la salida. Peña se acerca a Andrés y lo mira, como tratando de averiguar si es estúpido o se hace.

—¿Qué Tigres? Esos son unos putos. Yo soy el que lo viá agarrar a ese amigo tuyo y lo viá cagar a tiros. Avisale si lo ves.

—Amigo mío no es —dice el Oso, tan sereno como siempre.

Por un momento parece que va a armarse una pelea. Tasmania endurece las mandíbulas, el Velázquez chico se revuelve como si le picara el culo. Peña, que no quiere complicaciones por una pelea de bar, apacigua los ánimos.

—Si llegás a verlo me avisás ¿eh? —le dice al Oso.

No suena como una amenaza. Andrés asiente y le dice:

—Tírame otro faso para más después.

\* \* \*

Juancito, el antiguo socio de Andrés, se había ido a vivir a un rancherío al costado de la ruta a Llao-Llao, por el kilómetro 15. El poblado se levanta sobre unos terrenos fiscales, a pocos metros del lago, y la mayoría de sus habitantes trabaja en la construcción o como personal de servicio en las casas elegantes de la zona.

Peña sabe dónde encontrar al Zapatero, pero no tiene intenciones de aventurarse tan lejos de su territorio. No hay apuro, tarde o temprano lo va a pescar dando vueltas por El Alto. Su madre vive ahí todavía, en uno de los monoblocks al otro lado de la ruta.

Fatiga le contó al Oso que Juancito se había juntado y ya tenía dos pibes. Había caído en cafiúa un par de veces por robar estéreos y meterse en casas, pero como era menor lo volvían a largar.

Con Peña discutieron una vez por un revólver que uno le vendió a otro, o se lo prestó (Fatiga

no sabe muy bien cómo vino la mano); el caso es que el Zapatero le rompió la boca al Negro Peña de una trompada. Fue en la esquina de *Cucumelo*, delante de todo el mundo.

—Por eso Juancito no vuelve más al barrio. Peña es cagón para las piñas, pero si quiere dárte-la, te la da.

Fatiga contó que al Negro Peña ya lo habían guardado dos veces por asesinato, además de las entradas que tuvo por robo y disturbio, pero nunca pudieron probarle nada. Se contaban un montón de leyendas acerca de él, como la noche que se metió a afanar en una ferretería de la 9 de Julio: entró por una claraboya y al salir se encontró a los milicos que lo estaban esperando. Al Negro le pegaron dos tiros en la panza (algunos dicen que fue un tiro solamente, otros que fueron cinco), pero igual se escapó y se fue pateando con las tripas en la mano quince cuardras hasta el hospital. Tuvieron que extraerle como dos metros de intestino que se le habían podrido.

En el barrio se corrió la bola de que había muerto y muchos lo lamentaron, porque el Negro no era mal tipo y sus trabajos los hacía siempre lejos del vecindario. Pero al final volvió a aparecer, muerto de risa: antes de salir de internación se había afanado el sello de un médico, y ahora lo usaba para falsificar las recetas de falopa.

\* \* \*

Andrés se pasa casi todo el día en el negocio de Pascual, mirando a través de la vidriera. No entra casi nadie a comprar hasta las nueve de la noche, hora en que los mercados cierran. A partir de ese momento Pascual y Lidia recargan los precios descaradamente, según la cara o el apuro del cliente. Atienden hasta la una o las dos de la mañana, dependiendo de la gente que venga o la guita que haya en circulación.

Pascual se fuma como mínimo cuatro atados al día: apaga un faso y prende otro. Cuando le empieza a faltar el aire intercala las pitadas con el aerosol para el asma que siempre lleva en el bolsillo.

Por las mañanas se la pasa pegado a la vidriera, vigilando que no aparezca un inspector de la municipalidad (no sacó la habilitación todavía) o alguno de los proveedores que han tenido la ingenuidad de extenderle el crédito.

Pascual está muy atento, y si ve aproximarse a algún elemento sospechoso mete llave y corre a esconderse detrás del mostrador. Eso después de dar vuelta el cartel de ABIERTO. Del otro lado dice: CERRADO POR VACACIONES.

El boliche es una verdadera penuria, da lástima verlo. Las estanterías están casi vacías, el polvo

y la mugre se acumulan por todos los rincones sin que nadie se moleste en pasar un plumero. Pascual casi nunca tiene las marcas de los productos que vienen a comprarle, y trata de convencer a los clientes de que se lleven algo parecido. Si piden Coca, él ofrece Pepsi; si buscan Criollitas trata de enchufarles otras galletitas de marca desconocida. A veces lo consigue.

Cualquiera puede pensar que el negocio de Pascual tiene los días contados, pero hace años que vienen diciendo lo mismo y él siempre sale a flote. Vaya a saber cómo.

Lidia enciende los martes y los jueves sahumerios de sándalo, para la buena suerte, y los viernes por la noche de pachuli y mirra, para atraer el dinero y las buenas ondas (y de paso disimular la baranda de los fasos de Pascual).

De vuelta del templo, Roberto pasa por el local y critica las costumbres idólatras de sus hermanos.

—¿Prendiendo esos palitos otra vez? Esto es obra de Satán.

Lidia y Pascual lo toman a broma. Como el Oso no dice nada, Roberto busca su apoyo.

—La influencia del Diablo está en todas partes. ¿No me creés? Satanás existe, es el jefe de los Ángeles Caídos, los que se rebelaron contra Dios.



Andrés le canotea otro faso a Pascual y lo prende. También él se está resignando a la locura de Roberto.

—Los demonios pertenecen al orden angélico; por lo tanto no son seres materiales sino espirituales; son poderosos, pero no omnipotentes; son sabios, pero no omniscientes. Se dividen en dos clases: los que van por el mundo sembrando la tristeza y el desorden en el plan de Dios, y los que permanecen cautivos esperando su eterno castigo; estos son los que fueron seducidos por las mujeres que poblaban la tierra, y con ellas engendraron la raza de los Gigantes, seres formidables que murieron en el Diluvio Universal.

—Este es uno de los que se salvó —bromea Pascual, dándole al Oso una palmada en el hombro.

Andrés parece intrigado.

—¿Los ángeles se garchaban a las minas?

Su hermano le dirige una mirada de reproche.

—Habla bien, ¿qué te cuesta? Eso fue en otros tiempos. Viendo que las hijas de Adán eran hermosas, las tomaron para sí, fornicaron, y merecieron por ello el eterno castigo.

El Oso se queda pensativo; él conoce a una belleza que haría caer a un ángel de la nube más alta.

—Una cosa los diferencia del más pecador de los hombres —sigue con su perorata Roberto—.

El Ángel Caído no tiene la menor esperanza de salvación.

\* \* \*

Esa misma noche llega al boliche un tipo buscando pelea: dice que Pascual le dio mal el vuelto a su hijo, que había venido hace un rato a comprar un paquete de salchichas. Pascual no recuerda al chico. Discuten. El cliente tiene bigotes enormes y aspecto de exaltado.

—Ladrón sinvergüenza —dice el tipo, que estira el brazo por encima del mostrador y agarra de las solapas a Pascual. Andrés, que estaba sentado en el fondo del local, medio tapado por unos cajones de cerveza, se pone de pie y echa un vistazo a la escena. Su cara no tiene la menor expresión, pero de a poco se acerca. El tipo suelta a Pascual y encara para la puerta, sin darles del todo la espalda. Ya con medio cuerpo afuera, recobra su dignidad y grita:

—¡Jorobado de mierda! No te rompo la jeta porque sos un deformado, me das lástima.

Y se va.

Lidia sale a la puerta y le grita que es un malducado y un bruto. Pascual se plancha las solapas con el dorso de la mano, como si se sacudiera las pelusas. Imperturbable, casi sonriente, dice:

—Hay cada gaucho en la Pampa.

Ya que está de pie, Andrés busca en la cajita de los cassettes uno de Metallica, porque ya hace tres horas que Lidia los vuelve locos con los mismos temas de Luis Miguel.

\* \* \*

Un poco más tarde, esa misma noche, entra un grupo de pibes a comprar cerveza. Hablan a los gritos, bravuconean y miran alrededor con ojos rapaces. Menos de 18, piensa Andrés, pero Pascual les vende de todos modos cerveza, cobrándoles cincuenta centavos de más por cada botella.

—Estos pendejos son dañinos —se justifica, como si el Oso le hubiera reclamado algo—. Si no les vendo por ahí me prenden fuego el boliche, conmigo adentro. ¿No los conocés? Son de Los Tigres.

—Son unos putos —dice Andrés, que trata de poner otra vez el cassette de Metallica. Lidia no se lo permite.

\* \* \*

Andrés baja un par de veces más al centro; algunas veces con Fatiga, otras con Julián, el hermano

más chico. La policía no vuelve a molestarlos, pero tampoco encuentra a la chica de remera amarilla y ombligo al descubierto. Sabe que la búsqueda es inútil: sería muy difícil encontrarla, y de hacerlo jamás se atrevería a decirle una palabra. Pero los días se hacen largos y no tiene nada más que hacer.

Para Andrés es un juego tratar de reconocerla entre tantas chicas que pasean por la Mitre. A ninguna quiere mirarla demasiado, para no traicionar a la que espera. El Oso se siente capaz de renunciar a las demás mujeres por ella, y esa fidelidad suya lo reconforta, lo hace sentir que la merece.

—Si supieras...

Casi dos años se la pasó sin ver mujeres, salvo alguna que otra, durante el horario de visita; pero ellas nunca iban a visitarlo a él.

Otras noches se queda rondando por el barrio. Desde la esquina de su edificio se puede ver buena parte del lago y las montañas nevadas del lado de Neuquén. Andrés contempla el reflejo de la luna sobre el Nahuel Huapi, recortándose entre la negra silueta de los pinos. Allá abajo, las luces de las casas y del alumbrado público dibujan el relieve del terreno.

Andrés se adormece contemplando el paisaje y de a ratos se pierde en ensoñaciones: encuentra casualmente a la chica del ombligo y ella se

fija en él. Charlan. Esta vez es Andrés el que le convida un cigarrillo. La chica vive en Melipal, en un chalet con un jardín enorme, cuidado por dos perros de esos negros con las orejas recortadas. Los padres de la chica son gente de mucha mosca y no quieren verlo ni en foto, pero la chica dice que ama a Andrés y que si no lo aceptan se va de la casa con él. Al fin los viejos aflojan, no del todo convencidos, aunque después reconocen que se habían equivocado y terminan queriéndolo como a su propio hijo.

Para visitar a la chica Andrés tendría que tomar el 20; su vecino Tachuela, chofer de la 3 de Mayo, hace siempre ese recorrido: seguro va a dejarlo viajar sin pagar boleto. Él y la chica van juntos al cine. De pronto sube un inspector y les dice que se tienen que bajar. Andrés le para el carro. Le dice: “Bajame vos si te animás”. El otro se hace el gil y sigue de largo. La chica se prende orgullosa de su brazo y lo mira embobada. Una parada después suben Los Tigres y Andrés los desparra- ma a sopapos. Está por tirar a uno por la ventana cuando la rueda de una bicicleta derrapa sobre las piedras, volviéndolo a la realidad.

—¿Qué hacés, gordo trolo?

En la oscuridad Andrés tarda en reconocerlo. Está más alto y más flaco, pero es él. El gordo se